

DE LA NATURALEZA DE LOS DIOSES



Á MARCO BRUTO

LIBRO PRIMERO.

Entre las muchas cosas que aun no están bastante aclaradas en filosofía, una de las más difíciles y oscuras (como sabes bien, oh Bruto) es la cuestión de la Naturaleza de los Dioses, la cual importa mucho para el conocimiento de nuestra alma, y es necesaria para moderar la religión. Son tan varias y tan discrepantes entre sí las opiniones de los doctos sobre este punto, que por sí solas prueban con fortísimo argumento que la causa, esto es, el principio de la filosofía es la ciencia, ó sea la *idea* de la cosa en sí, y que anduvieron muy prudentes los Académicos en abstenerse de dar asenso á las cosas inciertas y opinables. ¿Pues qué cosa hay tan temeraria y tan indigna de la gravedad y constancia de un sabio, como opinar lo falso, ó defender sin ninguna vacilación lo que no está bastante averiguado y conocido?

En esta cuestión, la mayor parte de los filósofos, inclinándose á lo más verosímil y siguiendo el instinto de la naturaleza (que á todos nos impulsa), afirmaron que existían Dioses. Protágoras dijo que lo du-

daba: Diágoras Melio y Teodoro de Cyrene absolutamente los negaron. Los que afirman la existencia de los Dioses ofrecen entre sí tanta variedad y disensión que sería molesto enumerar los pareceres de todos. Porque se disputa acerca de las figuras de los Dioses, y de su patria y de sus moradas; y de las acciones de su vida se narran infinitas cosas, entre sí contradictorias. Pero en lo que más importa, es á saber, si no hacen nada ni se cuidan de nada, y vacan del cuidado y administración de las cosas humanas, ó si, por el contrario, ellos las han establecido y ordenado desde el principio, y las rigen y gobiernan por tiempo infinito, hay suma discordia de pareceres, y si esto no llega á resolverse, será forzoso que los hombres vivan eternamente en el error y en la ignorancia sobre las cuestiones que más les interesan.

Hay, no obstante, filósofos que de todo punto niegan que los Dioses tengan cuidado de las cosas humanas. Y si este parecer es verdadero, ¿qué piedad puede haber? ¿qué santidad? ¿qué religión? Los puros y castos sacrificios que se tributan á los Dioses sólo pueden tener valor si ellos los entienden, y si es verdad que el género humano debe algo á los Dioses inmortales. Pero si los Dioses no pueden ni quieren ayudarnos, ni se cuidan de nosotros, ni advierten lo que hacemos, ni pueden traer ventaja alguna á la vida humana, ¿por qué hemos de ofrecer á los Dioses inmortales ninguna especie de culto, honor ó preces? La piedad, así como todas las otras virtudes, no se compadecó con la fingida simulación; y una vez perdida la piedad, necesariamente han de sucumbir con ella la santidad y la religión, de donde vendrá á seguirse gran trastorno y no pequeña confusión en la vida. Y aun no sé si desterrada la piedad con los Dioses, desaparecerá también la fidelidad y el lazo

social del género humano, y la justicia, tan excelente entre todas las virtudes.

Hoy otros filósofos, y á la verdad grandes é ilustres, los cuales opinan que la razón y entendimiento de los Dioses rige y administra todas las cosas del mundo, y no sólo estas, sino también la vida humana. Atribuyen, pues, á la bondad de los Dioses inmortales para con el género humano, los frutos de la tierra, las estaciones, los cambios del tiempo y del cielo, gracias á los cuales llega á su madurez todo lo que la tierra engendra. Y de esta manera refieren otras muchas cosas, que ya se dirán en estos libros, las cuales son tales que los mismos Dioses parecen haberlas fabricado expresamente para utilidad de los hombres. Contra esta opinión disertó mucho Carneades, excitando, en todo ánimo no desidioso, codicia de investigar lo verdadero. Pues no hay cosa alguna que dé motivo á tanta variedad de opiniones, no ya entre los indoctos, sino también entre los sabios. Y siendo tantos y tan varios estos pareceres, bien podrá suceder que ninguno de ellos sea verdadero, pero no es posible que lo sea más de uno.

Al discurrir sobre esto, entiendo poder satisfacer á los benévoloos reprensoreos y refutar á los envidiosos calumniadoreos, de tal modo, que á los unos les pese de sus vituperios, y los otros tengan la satisfacción de aprender alguna cosa útil. Los que amonestan como amigos, deben ser enseñados; los que atacan como enemigos, deben ser rechazados. Digo esto, porque de algún tiempo á esta parte he publicado muchos libros, y sobre ellos ha habido diferentes pareceres, preguntando unos con admiración de dónde nos había venido esta afición á filosofar, y deseando otros saber con certeza lo que pensáramos sobre cada una de las cuestiones filosóficas. A muchos os admirarse de

que yo hubiera preferido, entre todas, aquella filosofía que (por decirlo así) quita la luz á las cosas y derrama sobre ellas una especie de noche. Y no se asombraban menos de que hubiéramos tomado tan inopinadamente la defensa de una escuela ya abandonada y casi desierta. Pero yo no he comenzado á filosofar ahora, sino que desde mi primera edad he empleado largo tiempo y estudio en la filosofía, y puede decirse que yo filosofaba, cuando menos lo parecía. Así lo declaran nuestras oraciones llenas de sentencias filosóficas, y el trato de hombres doctísimos de que siempre abundó nuestra casa, siendo entre ellos los principales Diodoto, Filón, Antíoco, Posidonio, que fueron nuestros maestros. Y si todos los preceptos de los filósofos deben referirse á la vida, creemos haber cumplido, en los negocios públicos y privados, los que la razón y la doctrina nos habían prescrito.

Pero si alguien nos pregunta por qué causa hemos tardado tanto en confiar á los escritos esta filosofía, muy fácilmente podremos responderle. Porque como estábamos en ocio, y el estado de la república era tal que forzosamente había de someterse al imperio de uno solo, creímos hacer cosa útil á la república misma, explicando á nuestros hombres la filosofía; por creer yo que era caso de honra para nuestra ciudad el que cosas tan graves y trascendentales se expusiesen en lengua latina. Y me arrepiento de esto tanto menos, cuanto que voy viendo que he excitado en muchos no sólo el anhelo de saber, sino también el de escribir. Porque antes había muchos hombres instruídos en las letras griegas que no se atrevían á comunicar á sus conciudadanos la ciencia que habían adquirido, porque desconfiaban de poder explicar en latín las enseñanzas de los Griegos. En lo cual creemos haber adelantado tanto, que ya no nos vencen

los Griegos, ni siquiera en la abundancia de las palabras.

Me ha estimulado á dedicarme á esto la situación de mi ánimo, gravemente conmovido por injuria de la fortuna. Si yo hubiera podido encontrar otro género de alivio, no me hubiera refugiado en éste; pero no he encontrado otro consuelo mejor que dedicarme, no sólo á leer libros, sino á escribir sobre toda la filosofía; ya que todas sus partes y miembros se conocen mejor cuando se escribe sobre cada una de las cuestiones. Hay entre las cosas una admirable serie y continuidad, por medio de la cual unas dependen de otras, y se ordenan y coligan entre sí.

Los que preguntan nuestro parecer sobre cada cosa proceden más curiosamente de lo que fuera menester: porque no se ha de apreciar tanto la autoridad en la disputa, como en el ejercicio de la razón. Y á los que quieren aprender, les daña, no pocas veces, la autoridad de los que pretenden enseñar, porque así dejan de aplicar su propio juicio, y tienen por verdad infalible lo que piensa el maestro á quien siguen. Por eso no puedo aprobar lo que se cuenta de los pitagóricos, que, cuando se les preguntaba la razón de alguna cosa que habían afirmado en la disputa, solían repetir: *Él lo ha dicho*. Este él era Pitágoras. Y tanto podía en sus discípulos la preocupación, que se daban por satisfechos con su autoridad, aunque faltasen razones.

Los que se admiren de que hayamos seguido con preferencia esta doctrina, hallarán suficiente respuesta en los cuatro libros *Académicos*. Ni se diga que hemos tomado el patrocinio de una causa abandonada y desesperada, porque las opiniones no mueren con los hombres, y quizá necesitan sólo que algún autor las saque á nueva luz. Esta manera de filosofar, disputando sobre todas las cosas y no afirmando positi-

vamente ninguna, nació de Sócrates, fué renovada por Arcesilao, confirmada por Carneades, y así ha continuado hasta nuestra edad: y si es verdad que hoy está huérfana de partidarios aun en la misma Grecia, no ha de atribuirse esto á vicio de la Academia, sino á torpeza del entendimiento humano. Porque si es difícil llegar á poseer un solo conocimiento, cuánto más no ha de ser abarcarlos todos, lo cual es necesario que hagan los que se proponen indagar la verdad y disputar en pro y en contra de todos los filósofos. Esta habilidad tan grande y exquisita no diré yo que la haya conseguido, sino que la he buscado, en cuanto mis fuerzas lo consentían. Ni se ha de creer que los que filosofan por este sistema no tienen ningún principio que seguir. De esto ya hemos hablado más de propósito en otro lugar, pero hay gente tan indócil y tarda que tiene que ser amonestada más de una vez. No soy yo de aquellos filósofos á quienes nada parece verdadero, sino de aquellos que opinan que la verdad anda mezclada con la falsedad, pareciéndose tanto la una á la otra, que apenas hay nota segura para distinguirlas y para inclinar á una ú otra parte el juicio y el asentimiento. De donde viene á deducirse que la mayor parte de las cosas son probables, y aunque no tengan entera certidumbre ni se comprendan del todo, ofrecen cierto aspecto noble y generoso, y bastan para regir la vida moral del sabio.

Pero ante todo, para vindicarme de toda acusación, debo poner en medio los pareceres de los filósofos sobre la naturaleza de los Dioses. Para esto convocaremos á todos los que pueden juzgar cuál de estos pareceres es el verdadero. Sólo me parecerá atrevida en demasía la duda de los Académicos, cuando yo vea que todos los demás convienen, ó cuando encuentre

alguno que haya descubierto toda la verdad. Entre tanto, quiero exclamar, como Stacio en sus *Synephebos*: «¡Por los Dioses, clamo, pido, suplico, ruego, y llorando imploro la fe y el testimonio de todo el pueblo, de todos los adolescentes!» Y no le imploro para cosa baladí, como lo hace aquel personaje cómico, que se lamenta de que «se cometen en la ciudad crímenes capitales: que la meretriz no quiere recibir el dinero de su amigo y amante;» sino que los llamamos para que asistan, conozcan y entiendan lo que se ha de creer y tener por cierto acerca de la religión, la piedad, la santidad, las ceremonias, la fe, el juramento, los templos, las aras, los solemnes sacrificios, y finalmente los auspicios mismos á los cuales presidimos. Porque todo esto se ha de referir á la presente cuestión de los Dioses inmortales. Y en verdad que á los mismos que se creen en posesión de alguna verdad, habrá de moverlos á duda la disensión de hombres tan doctos sobre materia tan grave.

Esto me trae á la memoria una disputa sobre los Dioses inmortales, docta en verdad y diligente, que oí en casa de mi amigo Cayo Cota. Fui un día á su casa durante las ferias latinas, rogado y convidado eficazmente por él, y le encontré sentado en la *exhedra*, disputando con el senador Cayo Veleyo, á quien entonces los epicúreos concedían el primer lugar entre los maestros de su escuela. También estaba Lucio Balbo, que había hecho grandes progresos en la doctrina estoica, hasta el punto de poder ser comparado con los más excelentes entre los Griegos. En viéndome Cota, exclamó: «Muy oportunamente vienes, porque traigo con Veleyo una empeñada altercación, en la cual, según tus aficiones, no te ha de ser desagradable intervenir.»

También á mi me parece (le contesté) que he llega-

do oportunamente. Reunidos estáis aquí los príncipes de tres escuelas distintas. Si Marco Pisón viniera, no estaría vacante el lugar de ninguna de las filosofías que andan ahora en honor y en boga.

A esto me respondió Cota: «Si dice verdad el libro de nuestro Antíoco, que él mismo ha enviado ahora poco á Balbo, no tienes por qué echar de menos á tu familiar Pisón. Porque según el parecer de Antíoco, los estoicos sólo discrepan de los peripatéticos en las palabras, no en la sustancia. Y ahora quisiera, oh Balbo, que me dijeras tu parecer acerca de este libro.—¿Yo? (respondió Balbo); mucho me admira que Antíoco, hombre tan agudo, no haya visto la profunda diferencia que hay entre los estoicos, que distinguen lo honesto de lo útil, no sólo en nombre sino en género, y los peripatéticos, que mezclan lo honesto con lo útil, cual si difirieran en magnitud y en grado, no en género. No es esta disensión pequeña y de palabras, sino grande y de cosas. Pero de esto diremos en otra parte: ahora, si te place, proseguiremos lo comenzado.—Sí que me place, respondió Cota. Y para que no ignores de qué materia tratábamos, te diré que nuestro razonamiento versaba sobre la naturaleza de los Dioses. Y pareciéndome cuestión oscura, como me ha parecido siempre, preguntaba á Veleyo la opinión de Epicuro. Por lo cual, oh Veleyo, si no te molesta, repite lo que habías comenzado.—Sí que lo repetiré, aunque ahora acabas de recibir un refuerzo para tu opinión y no para la mía. Entrambos (y esto lo dijo sonriéndose) habéis aprendido del mismo Filón á no saber nada.—Lo que hemos aprendido (dije yo) ya lo verá Cota; pero tú no vayas á creer que he venido como auxiliar, sino como oyente imparcial y de libre juicio, no obligado por ninguna necesidad á defender, quiéralo ó no, una opinión determinada.»

Entonces Veleyo, con la confianza de sí propios con que suelen hablar los epicúreos, como si temieran parecer dudosos de cosa alguna, empezó á hablar, no de otro modo que si hubiese bajado del concilio de los Dioses y de los *intermundios* de Epicuro. «Oid (dijo), no invenciones fútiles, no aquel Dios artífice y edificador del mundo de que habla Platón en el *Timeo*, no aquella vieja fatídica de los estoicos, que ellos llaman *προνοια* y los latinos podemos llamar Providencia, ni tampoco aquel mundo dotado de ánimo y sentidos, que viene á ser un Dios rotundo, ardiente y voluble; no oiréis, digo, estos portentos y milagros que parecen no de filósofos que disertan, sino de gente que sueña despierta.

»Pues ¿con qué ojos del alma pudo vuestro Platón contemplar aquella tan complicada máquina, con la cual hace á Dios construir y edificar el mundo? ¿Cuáles fueron las herramientas, cuáles las palancas, cuáles las máquinas, cuáles los instrumentos, cuáles los ministros de tanta obra? ¿Cómo pudieron obedecer á la voluntad del arquitecto el aire, el fuego, el agua y la tierra? ¿De dónde procedieron aquellas cinco formas, de las cuales se engendran las restantes, tan adecuadas para producir el alma y engendrar los sentidos? Largo sería referir todas estas cosas, que parecen discurredas más bien por el deseo y por la voluntad que por el entendimiento. Pero no puedo omitir la palmaria contradicción que resulta de llamar Platón sempiterno al mundo, después de haber dicho, no sólo que tuvo principio, sino casi que fué hecho por obra de manos. ¿Crees tú que gustó ni siquiera con los labios la fisiología el que dice que puede ser eterno lo que ha tenido principio? Pues ¿qué compuesto se da que no sea disoluble, ó qué cosa hay que, teniendo algún principio, no tenga ningún término? En cuanto á

vuestra Providencia, si realmente la defendéis, oh Lucilio, os pregunto, lo mismo que antes, los ministros, las máquinas y todo el aparato de la obra; pero si la Providencia de que habláis es distinta de la de Platón, decidme: ¿por qué ha hecho mortal el mundo, y no le ha hecho sempiterno como el Dios platónico?

»Y á unos y otros pregunto cómo han aparecido de repente los edificadores del mundo, después de haber estado durmiendo innumerables siglos. Porque aunque no existía el mundo, siglos los había sin duda, no de aquellos siglos que se miden por el curso de los días y de las noches y por los años, pues tengo que confesar que todo esto es imposible sin el movimiento del mundo. Pero hubo desde la eternidad un tiempo infinito que no se medía por ninguna circunscripción de tiempo, sino por el espacio. Lo que este tiempo era, no es fácil entenderlo, pues nadie puede imaginarse cómo, no habiendo tiempo alguno, había cierta especie de tiempo. En este tan inmenso espacio, te pregunto, oh Balbo, ¿por qué estaba ociosa vuestra Providencia? ¿Es que huía del trabajo? Pero en un Dios no se concibe trabajo, ni podía haberle de ninguna especie, ya que todas las cosas naturales, el cielo, el fuego, la tierra, el mar, obedecen al numen divino. ¿Ó es que Dios deseaba adornar como un edil el mundo con estrellas y luminares? Si era para tener mejor habitación, sin duda había permanecido por un tiempo infinito en tinieblas. ¿Ó creemos que puede deleitarle la variedad con que vemos exornados el cielo y la tierra? ¿Qué deleite puede sacar Dios de esto? Y si tal recreación necesitara, ¿por qué haberse privado de ella durante tanto tiempo?

»Diréis que la creación se hizo por causa de los hombres. ¿De qué hombres? ¿de los sabios? ¿Por tan pocos

¿Se hizo tan grande edificio? ¿De los necios? No se ve la causa de haber querido hacer bien á los malos; y luego ¿qué es lo que ha conseguido? Lo cierto es que todos los necios son, sin duda, infelicísimos, principalmente por su necesidad; pues ¿qué cosa puede haber más miserable que la ignorancia? Y luego son tales las miserias de la vida, que los sabios pueden compensarlas con algún bien; pero los necios no pueden ni evitar lo futuro, ni sufrir lo presente.

»Y los que dijeron que el mundo mismo era un animal sabio, de ninguna manera penetraron la naturaleza de lo animado, como probaré luego. Y ahora debemos admirarnos de la torpeza de los que al alma inmortal y feliz la llaman redonda, sólo porque Platón tenía esta forma por la más hermosa de todas. Pues á mí me parece más bella la del cilindro, la del cuadrado, la del cono ó la de la pirámide. Y ¿qué vida podemos suponer en este Dios redondo? Tendrá que moverse con una rapidez superior á todo lo que puede concebirse; y no entiendo cómo en un movimiento tan acelerado puede haber entendimiento constante y vida feliz. Y lo que en nuestro cuerpo, aun en mínima parte, es molesto, ¿cómo no lo hemos de tener por molesto en Dios? La tierra, siendo como es parte del mundo, será también parte de Dios. Y, sin embargo, vemos en la tierra grandísimas regiones inhabitables é incultas, unas porque están abrasadas por el desmedido calor del sol, otras porque están cubiertas de nieve y hielo, y muy remotas de los rayos solares. Luego si el mundo es Dios, tendrá unos miembros ardientes y otros fríos. Todo esto lo decís vosotros, oh Lucilio; pero cuáles sean estos miembros, se lo preguntaré á los filósofos antiguos.

»Tales de Mileto, el primero que especuló sobre estas cosas, dijo que el agua es el principio de todo,

que Dios era el entendimiento que con el agua había creado todas las cosas. Si puede haber Dioses sin sentido y entendimiento, ¿por qué los añadió al agua, dado que la mente misma puede existir sin cuerpo?

»Fue opinión de Anaximandro que los Dioses eran mortales y que nacían y morían en largos intervalos, y que hay innumerables mundos. ¿Pero como hemos de concebir á Dios sino sempiterno?

»Dijo después Anaximenes que el aire era Dios y que era engendrado y que era inmenso é infinito y estaba siempre en movimiento: como si el aire, que no tiene ninguna forma, pudiese ser Dios, á quien no podemos concebir sino bajo la forma más hermosa, ó como si todo lo que nace no estuviera sujeto á la muerte.

»Anaxágoras, discípulo de Anaximenes, quiso fundar el primero un sistema que abarcara todas las cosas por medio de una razón infinita en poder; pero no vió que en lo infinito no podía haber movimiento alguno unido á lo sensible, ó que si la naturaleza tuviera sentimiento, todas sus partes sentirían á un mismo tiempo la misma impresión. Además, si concebimos la mente como un animal, habrá algo más interno que dé nombre á este animal. Pero ¿qué cosa hay más interna que la mente? Será preciso, pues, que este ceñida por un cuerpo externo. Y si esto no se admite, el puro y simple entendimiento, sin que se le añada cosa alguna que pueda sentir, parece exceder los límites de nuestra inteligencia.

»Alcmeón de Crotona, que admitió divinidad en el sol, en la luna, en las estrellas y en el alma, no conoció que daba inmortalidad á cosas mortales.

»Y Pitágoras, que opinó que el alma estaba difundida y errante por toda la naturaleza, y que de ella procedían nuestras almas, no vió que, dividiendo los espíritus humanos, se dividía y laceraba al Dios, y que si

estos espíritus eran infelices, como muy frecuentemente sucede, tendría ese Dios partes infelices, lo cual de ningún modo puede ser. ¿Y cómo podría ignorar ninguna cosa el alma humana si fuese Dios? ¿Y cómo ese Dios, si no fuera otra cosa que el alma, había de estar sujeto al mundo, ó difundido por él?

»También Xenófanes, que defendió la misma opinión sobre el entendimiento, añadiendo que todo lo que es infinito es Dios, erró lo mismo que los otros en cuanto al entendimiento, y erró además en cuanto á la infinitud, en la cual no puede haber nada sensible ni nada unido.

»Parménides inventó cierta fábula: una especie de corona que llama *Stephane*, y es á modo de un orbe luminoso que rodea el cielo. A esto llama Dios, aunque nadie podrá reconocer en él ni figura divina ni sentido. Y á este tenor otras infinitas monstruosidades, como quien refiere á Dios la guerra, la discordia, la ambición y otras plagas de este género que se destruyen con la enfermedad, con el sueño, con el olvido, con la vetustez. Lo que opinó acerca de las estrellas, ya queda censurado en otros.

»Empedocles, también, entre sus muchos errores, cayó en una opinión torpísima acerca de los Dioses. Cree que hay cuatro naturalezas divinas, de las cuales procede todo. Estos cuatro elementos es claro que nacen y mueren, y carecen de todo sentido.

»Tampoco Protágoras, que niega saber cosa alguna acerca de los Dioses, si existen ó no existen, ó cuáles son, nos da luz alguna sobre esta cuestión.

»¿Y qué más? Demócrito, que pone en el número de los Dioses las imágenes y sus circuitos, y la misma naturaleza que envía y trasmite las imágenes, y también nuestra ciencia é inteligencia, ¿no cae asimismo en el mayor de los errores? Y negando él que nada

sea eterno, porque nada permanece en el mismo estado, ¿no destierra á Dios enteramente, sin dejar en pie ninguna de las opiniones que á él se refieren?

»Y el aire, que Diógenes de Apolonia tiene por Dios, ¿qué sentido puede tener ó que forma de Dios?

»De las contradicciones de Platón sería largo hablar, porque en el *Timeo* niega que pueda ser nombrado el Padre y Creador de este mundo, y en los libros de las *Leyes* tiene por superflua investigación la de saber qué cosa es Dios. Y no se entiende lo que quiere decir cuando afirma que Dios no tiene cuerpo alguno, porque entonces será preciso que carezca de sentido, de prudencia y de felicidad, todas las cuales cosas van comprendidas en la noción de los Dioses. También en el *Timeo* y en las *Leyes* dice que el mundo es Dios, y el cielo, y los astros, y la tierra y el alma. y además todos aquellos que veneró la tradición de nuestros mayores; todo lo cual es evidentemente falso, y contradictorio entre sí.

»También Xenofonte, con menos palabras, cae en el mismo pecado, porque en sus Memorias de Sócrates introduce á éste disputando que no conviene investigar la forma de Dios. Y él mismo en otra parte dice que el sol y el alma es Dios, y unas veces admite un solo Dios y otras veces muchos. Como se ve, son casi los mismos errores que hemos notado en Platón.

»También Antistenes en el libro que llama *físico*, dice que los Dioses populares son muchos, y el Dios natural uno solo, con lo cual arruina totalmente la naturaleza de los Dioses

»Y no anda muy lejos Speusippo, el cual, siguiendo á su tío Platón, y admitiendo una fuerza animada que lo rige todo, intenta desarraigar del alma el conocimiento de los Dioses.

»Mucha confusión reina en el libro tercero de la Fi-

filosofía de Aristóteles, que disiente poco de su maestro Platón. Unas veces atribuye al entendimiento la divinidad; otras veces llama Dios al mundo, y le atribuye partes, para explicar así y dejar á salvo el movimiento del mundo; otras veces dice que el calor del cielo es Dios, no entendiendo que el cielo es parte del mundo, al cual él en otra parte ha llamado Dios. Pero ¿cómo puede conservarse la divinidad del cielo en medio de tan rápido movimiento? ¿Cuántos Dioses habrá, si también llamamos al cielo Dios? Y negando que Dios sea corpóreo, se priva de todo sentido y prudencia. ¿Cómo puede moverse el mundo si carece de cuerpo, ó cómo moviéndose siempre, puede ser quieto y feliz?

»Ni es más prudente en esto su condiscípulo Xenócrates, en cuyos libros de la *Naturaleza de los Dioses*, ninguna forma divina se describe. Dice que los Dioses son ocho: cinco que dominan en los planetas; otro que formado de todas las estrellas, como de miembros dispersos, puede ser considerado como un Dios simplísimo. Como séptima divinidad añade el sol; como octava, la luna, aunque no podemos entender en qué sentido los llama felices.

»Heráclides del Ponto, que pertenecía á la misma escuela platónica, llenó de fábulas pueriles sus libros; y unas veces llamó divino al mundo, otras veces al entendimiento; atribuyó divinidad á las estrellas errantes, negó á Dios el sentido, y defendió que su forma era mudable; y en el mismo libro vuelve á poner la tierra y el cielo en el número de los Dioses.

»Tampoco se ha de tolerar la inconstancia de Teofrasto, que unas veces atribuye al entendimiento el principado divino, otras veces al cielo, otras veces á los signos y constelaciones celestes.

»Y menos debemos oír á su discípulo Stratón, lla-

mado el Físico, el cual piensa que toda la fuerza divina depende de la naturaleza, la cual reúne las causas de engendrar, aumentar y disminuir, pero carece de todo signo y figura.

»También Zenón (para volver á los vuestros, oh Balbo) cree que la ley natural es también divina y que tiene fuerza para mandar lo recto y prohibir lo contrario; la cual ley no podemos entender cómo la supone animada. Nosotros concedemos que Dios es animado. Pero el mismo Zenón, en otros lugares, llama Dios al éter; si es que puede comprenderse un Dios que no siente nada, y que nunca nos responde, ni en las preces, ni en las oraciones, ni en los deseos. En otros libros entiende por divinidad cierta razón que gobierna toda la naturaleza. También á los astros supone divinos, y á los años, y á los meses, y á los cambios de las estaciones. Pero cuando interpreta la teogonía de Hesiodo destierra totalmente las ideas que teníamos de los Dioses. Y no pone en el número de ellos á Jove, ni á Juno, ni á Vesta, ni á ningún otro que tenga nombre propio, sino por cierta traslación de estos nombres á las cosas mudas é inanimadas.

»Y no es menor el error de su discípulo Aristón, el cual no admite que la forma de Dios pueda entenderse, ni que en los Dioses haya sentido, y duda enteramente si hay un Dios animado ó no.

»También Cleantes, que siguió la escuela de Zenón casi al mismo tiempo que el antes nombrado, unas veces afirma la divinidad del mundo; otras veces da este nombre al entendimiento y alma de toda la naturaleza; otras tiene por el verdadero Dios á aquel ardor extremo y altísimo que, dilatado por todas partes, lo ciñe y abraza todo, con el nombre de éter. Y el mismo filósofo, como un delirante, en los libros que

escribió contra el deleite, ya finge cierta forma de Dioses, ya supone la divinidad en los astros, ya en la razón. Y de aquí resulta que aquel Dios que intelectualmente conocemos, y de cuya noción encontramos huellas en nuestro ánimo, nunca verdaderamente aparece.

»Es doctrina de Perseo, discípulo de Zenón, que se llamaron Dioses los que hicieron alguna invención de grande utilidad para la vida humana, y que estas mismas saludables invenciones se honraron con nombre de divinas; por donde se ve que no las tenía por invenciones de los Dioses, sino por divinas en sí mismas. ¿Y qué cosa habrá más absurda que conceder honor divino á las cosas sórdidas y deformes, ó poner en el número de los Dioses á hombres ya muertos, cuyo culto habría de reducirse á un funeral?

»Chrysippo, que es tenido por el más hábil intérprete de los sueños estoicos, congrega turba grande de ignotos Dioses, y tan ignotos que ni siquiera por conjetura podemos imaginarlos, por más que nuestro espíritu sea capaz de formar imágenes de todo. Dice, pues, que hay en la razón una potencia divina, y en el alma del universo; y que el mundo es Dios, y que su alma está difundida por todas partes; y llama Dios al principado de la razón y de la mente, y á la común naturaleza de las cosas que lo abraza todo, y á la sombra fatal, y á la necesidad de las cosas futuras, y al fuego, y al éter, y á lo que procede y emana de la naturaleza, como el agua, la tierra y el aire; y al sol, la luna y las estrellas, y á la universalidad de las cosas, en que todo está encerrado, y á los hombres que han conseguido la inmortalidad. Y también sostiene que el éter es el que los hombres llamaron Jove; el mar el que llamaron Neptuno, y la tierra la que llamaron Ceres, y de igual manera prosigue expli-

cando los nombres de los restantes Dioses. Y en otra parte escribe que Jove es la fuerza de la ley perpetua y eterna, guía de la vida humana y maestra de los deberes; y á la fatal necesidad la llama verdad sempiterna de las cosas futuras. En todo lo cual nada hay que propiamente merezca el nombre de divino. Todo esto dice en el primer libro de la *Naturaleza de los Dioses*. En el segundo quiere acomodar las fábulas de Orfeo, Museo, Hesiodo y Homero á lo que él escribió en su primer libro de los Dioses inmortales; para que de este modo resulten estoicos aquellos mismos antiquísimos poetas que nunca hubieran podido sospecharlo. El mismo procedimiento sigue Diógenes Babilonio en el libro suyo titulado de *Minerva*, donde interpreta conforme á la fisiología la fábula del parto de Jove y del nacimiento de la virgen Palas.

»He expuesto hasta ahora, no juicios de filósofos, sino sueños de delirantes. Y no son mucho más absurdas aquellas fábulas que, difundidas por la voz de los poetas, causaron no leve daño, por lo mismo que eran tan halagüeñas. Así pintaron á los Dioses iracundos é inflamados de liviandad, y nos hicieron contemplar sus guerras, batallas, peleas y heridas; sus odios, discordias, nacimientos, muertes, querellas, lamentaciones, intemperancias de todo género, adulterios, vínculos, concúbitos con el género humano, y mortales procreados de un linaje inmortal. Con los errores de los poetas es lícito mezclar los portentos de los Magos, y la demencia de los Egipcios en el mismo género, y las opiniones del vulgo que vive en grande inconstancia y en olvido profundo de la verdad.

»Quien considere cuán necias y temerarias son todas estas sentencias, deberá forzosamente venerar á Epicuro y ponerle en el número de aquellos mismos

Dioses de que se trata. Él solo vió, en primer lugar que existían Dioses, porque la misma naturaleza había impreso la noción de ellos en los ánimos de todos. Pues ¿qué gente hay ó qué linaje de hombre, que, sin necesidad de doctrina, no tengan alguna anticipación respecto de la existencia de los Dioses? A esta anticipación la llama Epicuro prolepsis, esto es, noticia previa recibida en el ánimo, sin la cual no es posible entender ni investigar ni disputar cosa alguna. La fuerza y utilidad de esta razón la hemos aprendido en aquel celestial volumen de Epicuro sobre la *regla y el juicio*.

»Ya tenemos perfectamente echado el fundamento de esta cuestión, pues no siendo ésta una opinión que dependa de las costumbres ni de las leyes, sino un firme y universal asenso, es preciso creer que hay Dioses, porque tenemos innato el conocimiento de ellos. Y aquello en que toda la humanidad consiente, necesario es que sea verdadero. Hemos de confesar, pues, que existen Dioses; y como esta creencia no es sólo de los filósofos, sino también de los indoctos, hemos de confesar asimismo que tenemos esta anticipación ó prenoción de los Dioses, como antes he dicho. A las cosas nuevas hay que ponerlas nuevos nombres, y así Epicuro llamó prolepsis lo que hasta entonces nadie había llamado de este modo. La misma naturaleza que nos dió la información de los Dioses nos infundió en la mente la idea de que son eternos y felices. Y si esto es así, razón tiene Epicuro en aquel parecer suyo, que lo que es eterno y feliz no tiene cuidado de nada, ni da cuidado á nadie, ni está sujeto á ira ni agradecimiento, porque todo esto sería muestra de debilidad.

»Si no tratásemos de otra cosa que de dar á los Dioses el piadoso culto debido, y librarnos de la supersti-

ción, bastaría esto en verdad. Siendo eterna y felicísima la naturaleza de los Dioses, era suficiente razón para que la venerásemos, siendo así que todo lo que sobresale exige veneración justa. Y todo miedo del poder ó de la ira de los Dioses habría de desterrarse, puesto que se entiende bien que en una naturaleza feliz é inmortal no cabe la ira ni el agradecimiento.

Y separadas estas causas, no hay por qué temer á los Dioses. Para confirmar esta opinión, inquiere el ánimo la forma, la vida y la acción de la mente, y la agitación en Dios.

»En cuanto á la forma, la naturaleza nos enseña algo, y algo también la razón. La naturaleza nos enseña que todos los pueblos sin excepción alguna suponen á los Dioses en forma humana, y que ninguna otra se nos ocurre, ni vigilando ni durmiendo. Pero para no referirlo todo á las primeras nociones, la razón misma nos lo declara también. Porque siendo la naturaleza de los Dioses la más excelente, feliz y sempiterna, conviene también que sea hermosísima. ¿Y qué composición de miembros, que conformación de líneas, qué figura, qué forma puede ser más bella que la forma humana? Suelen los vuestros, oh Lucilio (porque mi amigo Cota no tiene opinión fija acerca de esto), cuando imagináis el artificio y fábrica divina, describir las partes de la figura humana, en cuanto sirven, no sólo á la utilidad, sino también á la hermosura. Por tanto, si la figura del hombre excede á la figura de todos los demás animales y el hombre es un animal, resulta que su figura debe de ser la más hermosa de todas. Y como nos consta que los Dioses son felicísimos, y nadie puede ser feliz sin virtud, ni la virtud puede existir sin razón, ni la razón puede residir sino en la figura humana, debemos confesar que los Dioses tienen humana forma.

»Pero propiamente no tienen cuerpo, sino algo que se parece á cuerpo, ni tienen sangre, sino algo semejante á la sangre. Aunque todo esto lo ha razonado Epicuro más agudamente que nadie, y lo ha expuesto con tanta sutileza que no está para todos el entenderlo, sin embargo, confiado en vuestra benevolencia, lo expondré con más brevedad que la materia consiente. Epicuro, que no sólo vió con los ojos de la inteligencia las cosas más ocultas y escondidas, sino que parece que las tocó con la mano, dice que la naturaleza y calidad de los Dioses es tal que no se percibe por el sentido, sino por la mente, y no por la solidez ni por el número (como aquellas cosas que él por su firmeza llama *σπερμύα*), sino por imágenes, percibidas por semejanza y traslación; dado que infinita muchedumbre de imágenes semejantes emana de innumerables individuos, y afluye á los Dioses, y nuestra mente, atenta y fija con gran deleite, percibe estas imágenes, y entiende lo que es una naturaleza feliz y eterna.

»El poder grande de la infinidad es dignísimo de grande y diligente contemplación, siendo preciso ante todo entender que por naturaleza las cosas iguales se corresponden entre sí. A esta correspondencia llama Epicuro *isonomía*. De ella resulta que si hay tanta multitud de cosas mortales, no la hay menor de cosas inmortales; y que siendo innumerables las cosas que perecen, también deben ser innumerables las cosas que se conservan.

»Y si ahora me preguntáis, oh Balbo, en qué pasan el tiempo los Dioses y cuál es su vida, os diré que no hay otra más feliz, ni más afluyente en todo género de bienes. Porque nada hacen, en ninguna ocupación están empeñados, ningún proyecto maquinan, gozan en su sabiduría y virtud, y tienen bien averiguado que han

de estar siempre en grandes y eternos deleites. A este Dios con razón podemos llamarle feliz, pero al vuestro laboriosísimo. Porque si Dios es el mundo, ¿qué cosa puede haber más opuesta á la quietud que tener que moverse, sin un punto de intermisión, en torno al eje del cielo, y con admirable rapidez? Sin quietud no hay felicidad alguna; y si Dios, aunque sea distinto del mundo, tiene que asistir en él, rigiéndole, gobernándole, moderando el curso de los astros, las mudanzas de las estaciones, las vicisitudes y el orden de las cosas, contemplando el mar y la tierra, defendiendo los bienes y la vida de los hombres; aun éste andará envuelto en negocios molestos y operosos. Pero nosotros ponemos la felicidad de la vida en la tranquilidad del ánimo y en la ausencia de toda ocupación. También nos enseñó Epicuro que el mundo ha sido obra de la naturaleza y no de un artífice superior, y obra tan fácil, aunque vosotros la declaráis imposible sin industria divina, como que la naturaleza ha producido, produce y producirá innumerables mundos. Pero como vosotros no podéis comprender que la naturaleza irracional produzca cosa alguna, os refugiáis á Dios, á la manera que lo hacen los poetas trágicos cuando no pueden encontrar el desenlace del argumento. Y ciertamente que no echaríais de menos este sobrenatural recurso, si vierais la inmensidad indeterminada del espacio que por todas partes se dilata, en el cual lanzándose á peregrinar el ánimo, alcanza tanto y llega tan lejos que no ve la última playa en que descansar. En esta inmensidad, pues, de longitudes, latitudes y profundidades, vuela infinita cantidad de átomos innumerables, que, con interposición del vacío, se adhieren y continúan entre sí, aprehendiéndose los unos á los otros, de donde resultan las distintas formas y figuras de las cosas, que vosotros

Lo creéis posible que se forjen sino con yunques y fuelles. Así habéis puesto sobre nuestras cervices un Señor eterno á quien hemos de temer noche y día. Pues ¿cómo no temer á un Dios que todo lo prevé, lo piensa, advierte, y refiere todo á sí, curioso siempre y lleno de negocios?

»De aquí resulta que hayáis tenido que admitir aquella fatal necesidad que llamáis *αιμαρμενην*, conforme á la cual todo lo que sucede se deriva de la eterna verdad y de una continuación de causas. Pero ¿cómo hemos de estimar una filosofía digna de viejas, y de viejas indoctas que todo lo atribuyen á la fuerza del hado? De aquí nace forzosamente el arte que llamáis *μαντικη*, y en latín adivinación, en cuyo terror supersticioso nos imbuiríamos tanto si quisiéramos creerlos, que tendríamos que venerar á los arúspices, augures, ariolos, profetas y vaticinadores.

»Libres ya de estos terrores, y restituidos á la libertad por Epicuro, ni tememos á los Dioses, porque sabemos que están exentos de toda molestia y que no se la procuran á nadie; ni dejamos de venerar pia y santamente su naturaleza noble y excelentísima. Pero temo que la afición á estas cosas me haya hecho ser demasiado largo. Era difícil dejar empezada una cuestión de tanta importancia. Aunque me hubiera estado mejor oír que escuchar.»

Entonces Cota, con aquella cortesía habitual en él, respondió á Veleyo: «Si tú no hubieras dicho algo, nada hubieras podido oír de mí, porque no se me suelen ocurrir tan fácilmente las razones que persuaden la verdad de una cosa, como las que persuaden su falsedad. Esto me ha sucedido muchas veces, y ahora también al escucharte. Si me preguntas cuál es la naturaleza de los Dioses, quizá no sepa responderte nada. Si me preguntas qué tal me parece la opinión

que acabas de exponer, te diré que ninguna me agrada menos. Pero antes de llegar á tus opiniones, explicaré lo que siento de tí mismo.

»Siempre había oído decir á tu familiar Lucio Craso, no sólo que te anteponía sin género de duda á todos los togados, sino que encontraba pocos epicúreos de Grecia comparables contigo. Pero como sé que te ama extraordinariamente, pensaba yo que lo decía por exceso de benevolencia. Ahora, aunque no gusto de alabar en presencia, juzgo que en cosa tan oscura y difícil has hablado con claridad, y no sólo con mucha copia de palabras, sino con más ornato de sentencias que el que acostumbran los vuestros. Cuando yo estaba en Atenas, oía frecuentemente á Zenón, á quien nuestro amigo Filón solía llamar el Príncipe de los Epicúreos, y en verdad que nunca me parecieron más fáciles de refutar esos dogmas que cuando se los oí al Príncipe de los Epicúreos, por lo mismo que no hablaba rudamente como la mayor parte de ellos, sino con gravedad, distinción y ornato. Pero me aconteció muchas veces con él lo mismo que me ha sucedido al oírte, es decir, que me disgustaba (ruégote que me oigas con paciencia) ver tanto ingenio perdido en tan leves, por no decir tan ineptas, sentencias. Y no porque yo vaya á exponer otra mejor, sino porque en todas las cosas, y mayormente en las de física, antes puedo decir lo que no es, que lo que es.

»Me preguntas qué cosa es Dios, ó cuál su naturaleza, y á esto te responderé con las palabras de Simónides, que, interrogado sobre esto mismo por el tirano Hierón, le pidió un día para deliberar. Preguntándole lo mismo al día siguiente, le pidió dos días. Y como siempre duplicase el número de los días, y admirado Hierón le preguntase la causa, hubo de responderle: «Cuanto más lo considero, tanto más oscuro